

LUIS SCHERZ

La intelectualidad crítica en el Chile de hoy*

[1982]

¿Qué posibilidades posee la intelectualidad más crítica, o Inteligencia, de jugar un papel clave en el resurgimiento de una sociedad democrática en Chile?

Bajo el acicate de tal pregunta, en este escrito presentamos, de manera exploratoria y preliminar, el tema sobre la intelectualidad disidente chilena considerando, entre otros puntos, sus características, hábitat social, papel y potencialidad transformadora.

Con el objeto de anticipar alguna luz explicativa sobre los factores vinculados con la acción fermenticia de las vanguardias pensantes en momentos de desajuste de las piezas fundamentales de una sociedad y de su cultura, aleccionador resulta recordarle al lector algunas situaciones del pasado histórico nacional semejantes a la que experimentamos en el presente. Para estos efectos, el período de latente crisis que Cristián Gazmuri presenta como comprendido entre 1900 y 1925 puede ser ilustrativo. Del mismo modo, los antecedentes sobre movimientos intelectuales latinoamericanos en diversas épocas y los más recientes testimonios de lucha de pensadores y de líderes políticos, algunos prematuramente fallecidos, quedan al respecto sugeridos.

A continuación, ante la masiva expulsión o alejamiento de científicos sociales de las universidades, hacemos notar cómo dicho éxodo ha repercutido favorablemente en la generación de entidades disidentes ajenas, en gran medida, a la institucionalidad impuesta en el país por los militares

* Santiago de Chile, Instituto Chileno de Estudios Humanísticos, 1982 (También publicado en *La Universidad chilena desde los extramuros*. Luis Scherz García, Santos, Herceg (Comp.), Santiago de Chile, Universidad Alberto Hurtado, 2004, pp. 167-189).

y sus aliados civiles; colocadas, por ende, al exterior de los recintos universitarios. Se muestra, además, cómo en estos últimos, mientras los estudiantes van accediendo en marea creciente hacia una mayor conciencia de la situación alienante que los rodea, sus maestros, salvo honrosas excepciones, no consiguen elevar el volumen de sus voces críticas.

Los islotes de la contracultura, los que en una primera etapa ofrecían escasa intercomunicación –como si hubiesen compartido los agresivos cánones de la cultura impuesta– comienzan gradualmente, aproximadamente a partir del Plebiscito Nacional de 1980, a establecer puentes en tránsito entre sí, hasta llegar a constituir un archipiélago espontánea o informalmente integrado. En este trabajo tratamos de ilustrar este fenómeno y de buscar las razones de su ocurrencia.

Relevante deviene exponer, por añadidura, cómo pese a los puntos de partida ideológicos o políticos diferentes y distantes muchas veces, se ha ido produciendo un acercamiento notable de esos grupos en torno a la crítica del modelo dominante; aproximación que se verifica, asimismo, en la manera de analizar los fenómenos.

¿Cómo explicar la integración gradual de esas elites y cómo predecir los resultados de su acción? He aquí otro punto discutido en las páginas que siguen.

En conjunción dialéctica con la crítica que los intelectuales disidentes practican, se esbozan – en oposición a la ideología oficial– los primeros lineamientos de una “Utopía”, conjuntamente con los proyectos de convergencia o de pactos sociales que los sectores opositores se plantean como alternativas para el caso en que se produjera un alejamiento prematuro de los actuales conductores del país.

¿Es entonces significativa para el rescate de la democracia en Chile la acción desarrollada por la intelectualidad crítica? Todo parece sugerir una respuesta positiva. Como se esboza en nuestro ensayo, es el plano de los procesos culturales, estratégica y tácticamente hablando, uno de los más importantes, y tal vez el más difícil de frenar en sus avances, para el advenimiento de un sistema de convivencia fraternal en esta parte de América.

HACIA UNA IDENTIFICACIÓN DE LOS INTELLECTUALES

Como “intelectual” puede entenderse, en primera aproximación, toda persona que emplea usualmente su intelecto como instrumento principal de actividad en la sociedad, a diferencia de aquellas

que con mayor frecuencia hacen uso de sus manos. Desde esta perspectiva general, ocupacional, diríamos, se supone que unos y otros, trabajadores intelectuales y trabajadores manuales, se identifican con carreras o procesos de formación y adiestramiento consonantes con el cumplimiento adecuado de sus respectivos papeles o funciones sociales. Así, para los primeros, una escolaridad prolongada hasta la Universidad sería distintiva y necesaria.

Al interior de una categoría tan amplia y vaga como la arriba señalada –alejada del sentido que el término ha ido adquiriendo entretanto en la jerga sociológica¹¹– la mayoría de los intelectuales, numéricamente hablando, aparecerían identificados con los representantes de las profesiones liberales, tal como aquellas que se alistan, por ejemplo, en las doce carreras universitarias mencionadas por la Nueva Legislación Universitaria Chilena.¹²

Los profesionales en cuanto tales, tanto de la esfera económica privada como de alta burocracia administrativa pública, no son fundamentalmente innovadores del tejido cultural de la sociedad. Son más bien los aplicadores expertos de pautas culturales específicas y complejas definidas de antemano; en otras palabras, aplican conocimientos sistemáticamente estructurados.¹³

Si del vasto universo de los intelectuales, tomados en su acepción más general, abstraemos a las personas conectadas de manera estrecha con el ejercicio de las profesiones más tradicionales, es evidente que tal universo se reduce considerablemente. Con referencia a los intelectuales remanentes, según el papel que les cabe en los procesos culturales (sobre todo de la “alta” cultura), podemos distinguir, por un lado, a los distribuidores o propagadores de ideas, conocimientos, valores, teorías, formas de expresión, métodos y estilos, y por otro lado, a los que participan en la creación de dichos ítems culturales. Descartando ahora del universo más restringido a los distribuidores, a propagadores de pautas culturales, vale decir, a gran parte de los maestros de escuelas o colegios, periodistas y comunicadores sociales, queda como resultante un agregado de dimensiones más modestas, de cuyo seno emergen innovadores o creadores de nuevas formas de cultura. Llegamos así a un concepto más acotado, pero al mismo tiempo más fecundo, de los “intelectuales”.

Concordando en línea gruesa con Michel Lowy¹⁴, podemos expresar que entre los intelectuales pueden contarse los científicos, escritores, artistas, teólogos, filósofos, y algunos tipos de periodistas, profesores y estudiantes: una vanguardia caracterizada por ser la más alejada de la producción económica y por disfrutar de la relativa autonomía respecto a las clases sociales.

¹¹ Consúltense al respecto el *Wörterbuch der Soziologie* (edit. por Bernsdorf), Stuttgart, 1969. Interesante es examinar la distinción que Glaucio Soares traza para distinguir al intelectual del profesional y el científico. Véase su colaboración “Intellectual Identity and Political Ideology” en *Elites in Latin America* (Lipset y Solari, eds.) New York, 1967.

¹² Véase Luis Scherz, *El significado Cultural de la Nueva Institucionalidad Universitaria Chilena* (Contribuciones FLACSO), Santiago, 1982.

¹³ Ver Talcott Parsons, “The Professions and social Structure” en *Essays in Sociological Theory*, New York, 1954. También nuestro trabajo: *La Enseñanza de la Ingeniería y el cambio Social* (Congreso de Ingeniería), Caracas, 1972.

¹⁴ Michel Lowy, *Para una Sociología de los Intelectuales Revolucionarios*, México, 1978.

Como José Joaquín Brunner lo sugiere en sus apuntes para un estudio de los intelectuales¹⁵, convendría relacionar a estos con la categoría “poder”. Tocante a este punto sería importante considerar la posición y papel del intelectual ante los poderes públicos o ante el “statu quo”. Por una parte, estarían los que con el empleo del intelecto buscarían defender, consolidar, vitalizar y mejorar continuamente la imagen de la autoridad y sistema oficial, serían estos los ideólogos del orden establecido. A este grupo que consume sus potencialidades creativas en la, muchas veces estéril, tarea de acomodar viejas ideas y prácticas y de justificar un régimen político o de convivencia social, lo denominamos “intelligentsia oficial”. Por otra parte, y en contraposición a la anterior, asomaría la “intelligentsia informal o contraintelligentsia”; caracterizada esta última por su crítica al régimen oficial y por su afán de reemplazarlo y de asumir la conducción pública. La “intelligentsia”, de uno y otro signo, es una intelectualidad eminentemente política.¹⁶

Por último, haciendo abstracción de las “intelligentsias”, en especial de aquella comprometida con el proceso de otorgar fundamentación y legitimidad al orden establecido, después de todas estas sucesivas decantaciones, quedamos en presencia de una intelectualidad crítica, disidente por vocación o por la fuerza de las circunstancias. Parte substancial de esta intelectualidad crítica la constituye una vanguardia o elite “sui generis” que denominaremos, siguiendo a Theodor Geiger, la “inteligencia”.¹⁷

Interesante es entregar algunos detalles sobre la concepción que de la “Inteligencia” expone el citado sociólogo alemán, militante católico, opositor al nazismo^{18*} y exiliado. De los intelectuales (o de aquellos que desarrollan trabajo intelectual), Geiger deja fuera a los que han sido académicamente formados como profesionales y, asimismo, a los eruditos, identificando a la Inteligencia con los creadores de lo que él denomina la cultura más representativa: los artistas, poetas, escritores, compositores musicales, investigadores científicos, pensadores e inventores. Luego se refiere al papel de la Inteligencia en una sociedad sometida a transformación dinámica y hace notar tres funciones llevadas a cabo por tal elite. Señala, en primer lugar, la vocación y tarea humanizadora de dicha pléyade; luego, su aporte a la racionalización y presencia del espíritu científico en la vida social y, por último, y tal vez su función más importante, el pronunciamiento crítico frente al poder oficial. Crítica que denuncia los defectos del orden establecido, los errores de la conducción política y que, finalmente, se encarga de desenmascarar los engaños propagandísticos de los fabricantes de

¹⁵ José Joaquín Brunner, *Los intelectuales: Esbozos y Antecedentes para la constitución del Campo de Estudios* (2 vol.), FLACSO, Santiago, 1982.

¹⁶ Véase sobre el concepto de “Intelligentsia” en Karl Mannheim, “The Problem of the Intelligentsia”, *Essays on the Sociology of Culture*, London, 1956.

¹⁷ Theodor Geiger, *Aufgaben und Stellung der Intelligenz in der Gesellschaft*, Stuttgart, 1949.

¹⁸ *N. del Edit. Léase “nazismo”.

ideologías. En cuanto actores sociales –en lenguaje weberiano– los miembros de la “inteligencia” se mueven racionalmente, impulsados por elevados valores finales y no por intereses transables.¹⁹

INTELECTUALIDAD Y CRISIS SOCIO-CULTURAL

Oportuno es considerar, enseguida, la situación y el papel de los intelectuales en momentos de crisis o de desajuste serio y dinámico de las piezas de un mosaico social y cultural, pues en esas circunstancias y, en general, en los momentos de profundas transformaciones, algunos tipos de intelectuales aparecen jugando papeles esenciales e inseparables de tales acontecimientos. Como dichos indicadores lo muestran, tal parece ser el caso de Chile en la actualidad; de aquí, por añadidura, la importancia estratégica de abordar el tema.

Recorrer la historia de América Latina es re-trazar, en alguna proporción, la huella dejada por múltiples intelectuales y movimientos de pensamiento, especialmente en conexión con el campo político.

Desde la Independencia se suceden las doctrinas o “ismos”: iluminismo, liberalismo, tradicionalismo, positivismo, evolucionismo, nacionalismo, marxismo, socialismo, existencialismo, socialcristianismo, etc., etc.²⁰. Llama la atención que ninguna de estas ideologías, sobre todo políticas, haya tenido su cuna en las tierras de esta América. No puede negarse, sin embargo, que aquí, bajo el impulso de sus “importadores” intelectuales, propagadores y renovadores, rebrotaron con singular energía, con fuerza casi vegetal en zona tórrida. En la galería de las “familias espirituales” aquí fundadas o, más bien, avendadas, desfilan los nombres de numerosos pensadores de nota, entre otros, los de Bello, Sarmiento, Bilbao, Martí, Rodó, Freyre, Vasconcelos, para mencionar algunos de nivel universal o de cierta originalidad de pensamiento²¹; a ellos habría que agregar a numerosos novelistas y poetas de las últimas décadas. La mayor parte de la intelectualidad de América Latina, empero, al instrumentalizar ideas, alimenta las filas de la “intelligentsia” política de uno y otro lado de las fronteras del poder.

En Chile, en medio de una crisis principalmente latente en el período de 1900 a 1925, como muy bien lo señala Cristián Gazmuri²², aparecen los nombres de algunos intelectuales que

¹⁹ En el capítulo I de su obra *Economía y Sociedad* (trad. del alemán), México, 1964, Max Weber distingue distintos tipos de acción social (una de ellas, la acción racional con arreglo a valores).

²⁰ Por ejemplo, véase: Harold E. Davis, *Latin American Thought*, Baton Rouge, 1972.

²¹ Tocante a la asimilación, a veces original, de ideas foráneas en el terreno educacional véase nuestro trabajo: *Sobre la Presencia educacional de Europa en América latina* (Congreso Diálogo Europa Occidental-América latina) Alpach, 1979.

²² Cristián Gazmuri, *Testimonio de una Crisis*, Santiago, 1979.

desde ángulos distintos, la denuncian e interpretan. Pensando que esa crisis latente, que después se expresa abiertamente, tiene una conexión íntima con la actual que experimenta el país, creemos atinado resumir algunos de los testimonios señalados por dicho historiador, junto con algunas características de las críticas expresadas por los siguientes hombres públicos e intelectuales de la época: Enrique Mac Iver (1845-1922), abogado, periodista, político radical, masón; Agustín Ross (1844-1926), banquero, publicista, político liberal anti-balmacedista; Guillermo Subercaseaux (1872-1959) ingeniero civil, economista, político nacionalista; Víctor Celis (1880-1941), profesor de castellano, abogado, político radical, masón; Luis Emilio Recabarren (1876-1924), tipógrafo, periodista, político marxista; Alberto Cabero (1874-1955), abogado, diplomático, político radical, masón; y, para terminar la lista, Tancredo Pinochet (1879-), profesor de inglés, político ocasional, independiente, nacionalista; Nicolás Palacios (1854-1911), médico en zonas mineras, pensador "vitalista"; Francisco Encina (1874-1965), historiador y escritor, político ocasional, ideólogo de un nacionalismo racista; Alejandro Venegas (1871-1922), pedagogo y escritor.

La primera parte del listado cubre personalidades críticas activas políticamente y, salvo el caso de Recabarren, miembros de la "intelligentsia" que gobierna el país. Sus compromisos políticos se reflejan en el tenor de sus críticas, orientadas a mostrar situaciones que obstruyen el camino de un "proyecto social" liberal que no es, fundamentalmente, objetado. En una especie de circularidad de causas, efectos y síntomas, la crisis es caracterizada por medidas desacertadas en el campo económico, intervención estatal en el régimen monetario, defectos del parlamentarismo, pérdida de hábitos éticos, decadencia de la clase alta, corrupción de la raza y omisión de algunos rasgos culturales por influencias extranjerizantes. Solo Recabarren, personalidad de la "contra-intelligentsia" o de la intelectualidad opositora, de izquierda, ve con claridad y en toda su amplitud el significado y presencia de la "cuestión social", con el simultáneo enriquecimiento de unos y empobrecimiento de otros, con el progreso económico por un lado y las injusticias y vicios sociales por otro; con encendidos términos condena el cohecho o prostitución del electorado popular, la existencia angustiosa del proletariado y de la clase media, la vida disipada de la clase alta. Y une el origen de tales males a la consolidación del capitalismo después de la Guerra del Pacífico y auge de las salitreras.

Por último, cabe referirse a los críticos no conectados directa o continuamente con actividades políticas. De ellos, Pinochet, escritor y pedagogo, considera la vida social como una lucha

permanente, de supervivencia del más apto y deplora la pérdida del empuje nacional y la entrega del país a intereses foráneos. Esta posición no difiere demasiado de aquellas de Palacios, Encina y Cabero; sin embargo, ninguno de ellos se manifiesta tan inclinado como Pinochet al militarismo y al nacionalismo extremo. ¿Es este un ideólogo que trata de resucitar románticamente gloriosas gestas militares del pasado?

Si bien Palacios y Encina, también comparten una ideología nacionalista y de valoración de los factores raciales en la evolución de una nación, al lado de éste es la persona humana materia de primera importancia. El primero, con intención científica no siempre lograda, muestra cómo el desprecio por el roto chileno ha traído decadencia y cómo la defensa del pueblo llevaría a superarla. Para Encina, dentro de una actitud humanista similar, tal tarea se concibe mediante una educación adecuada; en todo caso, su diagnóstico traza con maestría el carácter integral de la crisis.

Todos los políticos y pensadores anotados abordan con gran dramatismo el tema de la crisis y, como indica Gazmuri, sienten dolor ante una realidad que les duele. Cada uno, como hemos visto, examina desde un ángulo distinto el desajuste socio-cultural, sin llegar a coincidencias exactas sobre la naturaleza del fenómeno en cuestión. El cuadro que podría trazarse por el aporte conjunto de los autores anotados, incluso, no estaría exento de contradicciones. No obstante, hay una visión de la crisis que, a nuestro juicio, integra lo más consistente de las otras presentaciones, superándolas por su lucidez, sistematicidad, profundidad crítica y sensibilidad ante los problemas y valores del pueblo. Se trata del análisis salido de la pluma de Alejandro Venegas y que convierte a este en verdadero miembro de la “Inteligencia” de esa época.

Centrando su crítica en la “cuestión social”, Venegas examina los efectos de la Guerra del Pacífico en la desintegración social del país, liga la crisis al enriquecimiento y vida disipada de la clase alta, denunciando el uso inmoral que ésta hace, con fines de lucro, de la inconvertibilidad monetaria la que, a su vez, genera el desquiciamiento de la administración pública. Reprocha, además, el carácter cerrado u oligárquico de la instrucción pública y el excesivo presupuesto de las Fuerzas Armadas.

El juicio de Venegas sobre Chile aparece resumido en uno de los capítulos finales de su libro *Sinceridad, Chile íntimo en 1910*²³, con los siguientes términos:

²³ Alejandro Venegas, *Sinceridad, Chile íntimo en 1910*, Santiago, 1910, p. 250.

Hasta ahora se ha trabajado por empujar el país y se ha conseguido darle una mano de barniz con que se alcanza a sorprender a los extranjeros de espíritu vulgar... pero, entretanto el pueblo, que es lo principal, permanece en un abandono deplorable: tenemos ejércitos, buques y fortalezas, ciudades y puertos, teatros e hipódromos, clubes, hoteles, edificios y paseos públicos, monumentos y (lo que más engreídos nos tiene) magnates opulentos dueños de verdaderos dominios, que viven en palacios regios, con un fausto que dejó pasmado a don Carlos de Borbón; pero no a mucha distancia de los teatros, jardines y residencias señoriales, vive el pueblo, es decir, las nueve décimas partes de la población de Chile, sumido en la más espantosa miseria económica, fisiológica y moral...

Gazmuri sugiere que los pensadores sociales indicados podrían compararse, aunque ubicados estos en un plano distinto al literario, con los miembros de la generación del 98 en España. Percepción esta que, con mayor perspectiva histórica, podría devenir tan válida como la referencia que hoy se hace a la generación del 42, cuando se habla de la intelectualidad que comprendió en sus filas a los connotados Bello y Sarmiento. Mañana, de modo similar, una vez que los horizontes temporales jerarquicen sus luces y sus sombras, podrá hablarse de otras elites, movimientos, generaciones y pensadores. Tal vez llegue así el momento de apuntar a movimientos como la “Falange Nacional” y a poetas, pensadores, apóstoles y líderes críticos como Gabriela Mistral, Pablo Neruda, Luis Young, Jaime Eyzaguirre, Eduardo Kinnen, Alberto Hurtado, Manuel Larrain, Rodrigo Ambrosio, Hernán Larrain, Salvador Allende, Alberto Baltra, Eduardo Frei, Jorge Millas y Claudio Orrego, para mencionar a vía de ilustración a algunos que ya la historia recogió entre los suyos.

Ahora, a comienzos de la década del 80, Chile atraviesa por un período de manifestación inédita e intensa de crisis y a no dudarlo, pese al clima de censura de expresión y de carencia de libertades públicas, acompañado de la presencia de centenares de ex-líderes políticos y de pensadores con mentalidad lúcidamente crítica, quienes, sin ocultar sus testimonios disidentes, censuran los abusos del poder gobernante y las consecuencias negativas de tal conducción política.

De la intelectualidad disidente actual, incluidos académicos en el exilio, una parte importante está constituida por científicos sociales. Sobre su pensamiento y acción nos corresponderá fijar, de preferencia, nuestra mirada indagatoria en las líneas que siguen.

Ante todo es oportuno señalar que entre los “cientistas sociales” no solo corresponde incluir a personas con una formación sistemática inicial en el área misma de las ciencias sociales, sino también a aquellas venidas de profesiones vinculadas con problemas sociales, como agrónomos, médicos, educadores, etc., y que por el peso de las circunstancias han terminado por asumir tareas, problemáticas y enfoques de tales ciencias.

UNA UNIVERSIDAD SIN CONCIENCIA CRÍTICA

El despido de la mayor parte de los sociólogos y politólogos del seno de la Universidad chilena llevada a cabo por los jefes del gobierno militar constituye uno de los episodios más dramáticos y decisivos del esfuerzo desplegado para eliminar de las aulas todo vestigio de pensamiento crítico y disidente. Con ello la Universidad ha perdido prácticamente su conciencia crítica quedando ésta, a lo sumo, reducida al zumbido indeseado de unos escasos “tábanos intelectuales” con alas y agujones ya maltrechos por inútiles esfuerzos contra impenetrables caparazones epidérmicas.

Tomando en cuenta datos recogidos por Dagmar Raczyński²⁴, Manuel Antonio Garretón²⁵, Raúl Atria²⁶ y otros, hasta mediados de 1973 las ciencias sociales (en especial la sociología, politología, economía, historia y antropología) se desarrollaban muy satisfactoriamente, encontrándose debidamente institucionalizadas en las universidades principales, con gran actividad investigativa y buenos programas de licenciatura y de extensión. La investigación –en múltiples áreas y también interdisciplinaria– sobre problemas de distinta índole que se llevaba a cabo en institutos y centros se caracterizaba por el uso de los más variados enfoques teóricos y metodológicos, practicados al impulso de las motivaciones ideológicas y doctrinarias más plurales que cabe imaginar.

Al mismo tiempo que se había establecido un interés público por tales estudios, de los cuales se servía el debate político, también contaban los egresados de tales disciplinas con un mercado ocupacional favorable en los centros académicos, organizaciones estatales, eclesiásticas y sindicales, y en empresas de la economía privada.

Todo el sistema relativo a las ciencias sociales se encontraba indudablemente favorecido por una atmósfera de cambios sociales desde 1964, una vez con la “Revolución en Libertad”, otra con

²⁴ Dagmar Raczyński, *El Rol del Sociólogo como Investigador en la Sociedad Chilena Hoy*, ISUC, Santiago, 1977.

²⁵ Manuel Antonio Garretón, *Las Ciencias Sociales en Chile al inicio de los 80: Situación, Problemas y Perspectivas*, FLACSO, Santiago, 1981. Este documento nos proporciona una información bastante completa y ordenada sobre el tema.

²⁶ Raúl Atria, *Situación de la Sociología en Chile* (notas preliminares), CPU, Santiago, 1982.

el “Camino al Socialismo”; procesos para cuyo esclarecimiento y orientación científica, aparecían las ciencias sociales jugando papeles protagónicos. En aquellos tiempos, en 1972, hacíamos notar la presencia de mentalidades diferentes entre los sociólogos, de acuerdo al tenor de su compromiso o responsabilidad con el cambio social, y distinguíamos entre ellos la presencia de “tecnócratas”, “políticos”, y “críticos”.²⁷ Los primeros con tareas de contabilidad social ‘a la americana’, los segundos saltando las vallas de su ciencia y preocupándose de propagación ideológica de los nuevos modelos, los terceros jugando un papel crítico, generalmente de crítica interna, con el fin de garantizar u orientar el sentido humano, libertario y racional de dichos procesos sociales y culturales. Con todo, puede afirmarse que en el quehacer de estas ciencias, sobre todo de la Sociología, se hacía manifiesta una voluntad de mucho idealismo social combinado, en mixturas de variadas proporciones, con una gran inquietud científica.

Con el advenimiento del gobierno militar en 1973, junto a una primera ola represiva son desmantelados numerosos institutos y centros de investigación, despedidos centenares de académicos y sometidos a riguroso control las unidades sobrevivientes vinculadas con el quehacer científico social. Más adelante, al ir consolidándose la Nueva Institucionalidad Universitaria, van siendo alejados de las aulas los últimos investigadores más críticos. Finalmente, la mirada ya puede recorrer el espectáculo de un territorio socio-cultural herido en sus entrañas, erizado de ruinas y de vacíos allí donde otrora se alzaban orgullosos hogares de la sociología y de las ciencias políticas; por contraste, en la vecindad pueden divisarse las pujantes estructuras de ornato neoliberal y con nuevas voces en sus cátedras dedicadas a la enseñanza de la economía y de la administración de negocios. En los recintos de la antropología y de la historia, disminuidos los críticos, aumentados los dóciles, sujetos todos a estrictos controles y restricciones, la vida sigue su marcha.

A manera de ilustración, el Instituto de sociología de la Universidad Católica, que contaba con 36 profesores en jornada completa en 1973, de éstos cuenta solo con 11 en 1980.²⁸ Mantiene cerrada la docencia a alumnos propios y sus investigadores se dedican, salvo una que otra valiosa excepción, a trabajos de rutina estadística, encuestas intrascendentes y ensayos baladíes. Ahí, así como en toda la vasta extensión de la educación superior chilena no soplan los vientos del espíritu libre. Se trata de la Universidad cautiva.

²⁷ Luis Scherz, *Teoría sociológica e institucionalización de la sociología: el caso chileno*, ISUC, Santiago, 1972.

²⁸ Véase *Programación de la Docencia de la U.C.*, de 1980). Compárese con el *Catálogo General* que contiene, erróneamente, algunos nombres, como el nuestro, de profesores ya exonerados).

LA “INTELIGENCIA” ACAMPA FUERA DE LA UNIVERSIDAD

En la planicie externa a las universidades, donde antes de 1973 se alzaba solo un par escaso de institutos dedicados a la formación e investigación en las ciencias sociales, como FLACSO e ILADES, de pronto, como en eclosión primaveral, el escenario se enciende con la instalación de las “ideológicas” y disciplinariamente multicolores tiendas de las unidades dedicadas a la investigación social.

Allá acampa el más vasto contingente imaginable de académicos exonerados, exiliados que han conseguido readmisión, investigadores imaginativos y críticos, políticos estudiosos, disidentes, en fin, que buscan explicar el fracaso de antiguos planes de transformación social, que quieren penetrar en el meollo de los procesos que los militares y sus aliados neoliberales han desencadenado en el país, que proyectan fundamentar científicamente algún orden social alternativo o alguna utopía que levante al pueblo de su postración.

¿Cómo ha sido posible dicho fenómeno de concentración de algunos centenares de intelectuales dedicados a tales tareas de estudio o investigación?

Como parcial respuesta, suscribiendo otras opiniones²⁹, va el interés de algunos institutos o centros completos, al desligarse o al ser alejados de las universidades, de mantener unidos a sus miembros con el fin de no poner término a proyectos ya iniciados; está también la voluntad de personas con real vocación académica de no cambiar su actividad intelectual por alguna otra en el mundo mercantil. Y como condicionamientos positivos está la protección que la Iglesia y fundaciones internacionales dispensan a los grupos que se van organizando.

En analogía con el mundo físico, y solo en analogía, vale considerar algo así como un principio de conservación de la energía espiritual y de inercia de movimiento o de reposo relativo de tal energía. Todo el enorme quantum energético que de pronto fue liberado y proyectado en todas direcciones desde las universidades intervenidas y desde las agrupaciones políticas y parlamentarias disueltas tendió muy luego a reencontrarse en torno a múltiples focos de condensación, no sin sufrir antes sus portadores humanos algunas modificaciones importantes en cuanto a la naturaleza y modalidad de sus quehaceres, dadas las limitaciones inherentes a un sistema socio-cultural coercitivo. En la misma medida en que la esfera del poder se le presenta inaccesible y prohibida, el habitante de estos campamentos disidentes, siguiendo una vocación que se le hace manifiesta

²⁹ M. A. Garretón, *op. cit.*, p. 61.

o arrastrado por la inevitable fuerza de los hechos, después de un proceso de verdadera catarsis espiritual y de sublimación de impulsos que lo lleva con frecuencia a mirar en carne propia la huella del dolor y de la esperanza humana, se siente inclinado a ganar un puesto en la vanguardia del pensamiento crítico y reflexivo.

De manera similar podría argüirse, siguiendo un teorema sociológico sugerido por Robert Merton³⁰, que la función de crítica pública desempeñada anteriormente en el país por el parlamento, la Universidad y la prensa, una vez suprimida coercitivamente de esas estructuras habría de buscar otros vehículos de reemplazo, pues tal tarea crítica, culturalmente necesaria, no podía dejar de ser cumplida.

Oportuno es que presentemos enseguida una cierta noción sobre la naturaleza, número y características de las agrupaciones que se instalan en la franja disidente, entidades que al situarse fuera de los recintos oficiales podrían considerarse “informales” o no pertenecientes a la Nueva Institucionalidad de la nación chilena.

Dejando a nuestras espaldas las instituciones emplazadas netamente en el campo oficial, pasando por aquellas situadas en la misma línea demarcatoria, como la “Corporación de Promoción Universitaria” (CPU, “Oficina Relacionadora de Movimientos Estudiantiles” u ORMEU hasta 1966) y la “Corporación de Investigaciones para el Desarrollo” (CINDE) que funcionan habitualmente como instancias de encuentro de personas de uno y otro lado, es posible avanzar la mirada hacia entidades ubicadas al interior mismo de la “tierra disidente”. Allí se divisan, primero, entre las originadas antes de 1973, la “Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales” (FLACSO), el “Instituto Latinoamericano de Doctrina y Estudios Sociales” (ILADES), el “Centro de Investigación y Desarrollo de la Educación” (CIDE). Luego, se advierte la presencia de la “Corporación de Investigaciones Económicas para América Latina” (CIEPLAN) y el “Programa Interdisciplinario de Investigaciones en Educación” (PIIE), frutos ambos del abandono masivo que los equipos del CEPLAN (“Centro de Estudios de la Planificación Nacional”) y del PIIE hacen de la Universidad Católica de Chile, en los inicios del gobierno militar, en busca de una atmósfera libre.

A los equipos mencionados hay que agregar el “Instituto Latinoamericano de Estudios Transnacionales” (ILET)³¹, el “Centro de Estudios Económicos y Sociales VECTOR”, los “Profesionales Consultores Ltda. SUR”, el “Centro de Estudios del Desarrollo” (CED) y el “Instituto Chileno de Estudios Humanísticos” (ICHEH).

³⁰ Robert Merton, *Teoría y Estructura Sociales* (trad. del inglés), México, 1964, Cap. I.

³¹ Instituto, que al igual que FLACSO y el PIIE, está colocado según convenio bajo el amparo de la Academia de Humanismo Cristiano.

Estas instituciones se estructuran bajo formas jurídicas variadas y compatibles con las limitaciones impuestas por el gobierno, cuentan con plantas de alrededor de una docena de investigadores y son financiados por fundaciones extranjeras o por organismos de la Iglesia Católica. Entre las fundaciones se cuentan las siguientes, indicadas por sus siglas o nombres abreviados: Ford, Ebert, Adenauer, SAREC, CIDA, IDRC, CEBEMO, NOVIS, IAF, TINKER. Además se consultan “grants” y becas acordadas por organizaciones internacionales tales como ECALAS, WUS, SSRC, CLACSO, PISPAL y otras.

En otro conjunto de entidades, no todas dedicadas exclusivamente o primordialmente a tareas de estudio y de elaboración intelectual, distinguimos las Vicarías eclesíásticas especializadas (de pastoral obrera, campesina, juvenil, universitaria, etc.), el “Servicio de Paz y Justicia” (SERPAJ) con su pedagogía de la no-violencia, las Comisiones de Derechos Humanos, la “Comisión Nacional Pro Derechos Juveniles” (CODEJU), los grupos y peñas folclóricas no comerciales, los círculos de estudios de la Academia de Humanismo Cristiano, la organización cultural MAPOCHO y agrupaciones de artistas y escritores, la mayor parte de los Colegios Profesionales y de las Sociedades Científicas, la “Asociación Universitaria y Cultural Andrés Bello” con sus cuatrocientos miembros representativos de la cultura chilena y, por lo demás, críticos. La lista es extensa y en ella habría que incluir a millares de familias que no sólo guardan memoria de la democracia sino que pedagógicamente luchan por su causa en la privacidad de los hogares.

En fin, así queda sucintamente bosquejado un cuadro aproximado de instancias vinculadas con el amasijo de una cultura alternativa.

DE LA COMPETENCIA A LA CONVERGENCIA DE ACCIONES E IDEAS DISIDENTES

Al iniciarse los procesos de reencuentro de la diáspora intelectual, sus miembros fueron organizándose conforme a criterios marcadamente ideológicos y contando sus respectivas entidades con respaldos económicos proporcionados por fundaciones extranjeras afines. Al interior de una atmósfera sectaria, los grupos emergieron cerrados y celosos de sus ventajas ocasionales y áreas de

influencia. Como en un reflejo o paralelo del detestado mundo o mercado oficiales, en el territorio disidente se reproducían rasgos de “egoísmo funcional”, de conducción oligárquica y de espíritu arbitrario. De este modo, en tal ambiente, más de un esperanzado e ingenuo solicitante de trabajo, por insustanciales diferencias personales de antigua data, podía ser víctima de venganza solapada y terminar como paria mendicante, marginado de ambos mundos en oposición; suerte, por lo demás, igual a la de muchos colegas carentes de “padrinos” quienes, en la capital o en provincia, quedaban totalmente expuestos a la más completa intemperie institucional y terminaban por emigrar, conducir un taxi, cultivar una chacra, negociar a comisión bienes bursátiles o, en caso extremo, consumir sus ahorros y bienes familiares. Todos los sectarismos, mezquindades y resentimientos, en contraste con los altos ideales que decían defender, parecían indicar entonces que para sobrevivir, en un primer instante y paradójicamente, muchos reconocían el imperio de la ley de la selva. Pero vendría un período de catarsis...

Como hemos hecho notar en otra parte³², es notable comprobar la coordinación espontánea que de pronto va surgiendo y haciéndose marcada entre las entidades mencionadas. En 1980 se señala, con la presencia del grupo constitucionalista de “los 24” y del grupo de “los 10” (denominado más tarde “Coordinadora Nacional Sindical”) el inicio del proceso de concertación de acciones e inclusive de convergencia teórico-metodológicas en el planteamiento de problemas de investigación. La frecuencia de contactos entre los grupos académicos disidentes aumenta mediante la realización de seminarios abiertos o conjuntos y por la mutua distribución de documentos de trabajo. En tales seminarios y mesas redondas puede comprobarse hasta qué grado el tiempo ha contribuido a la maduración y apertura de los investigadores, quienes, pese a sus distintos orígenes ideológicos, ya no son prisioneros de un solo enfoque analítico. Se hace perceptible una flexibilidad intelectual sorprendente y una apertura al diálogo –a veces incluso tácticamente abierto a participantes neoliberales del “Centro de Estudios Públicos”– de parte de la intelectualidad marginada del espacio universitario.

A fines de 1982 se produce un acercamiento insospechado en el plano de la estrategia política al multiplicarse las conversaciones de los grupos disidentes con el objeto de auscultar las posibilidades de establecer de consuno líneas o modelos de convergencia. Por el momento, al llegar la crisis económica nacional quizá a su punto más alto, los esfuerzos concurren a visualizar lo que

³² Luis Scherz, *Tres ensayos sobre la Nueva constelación cultural Chilena*, ICHEH, Santiago, 1982, 3a. parte.

el analista Alberto van Klaveren, refiriéndose a un Estado-compromiso que garantice el equilibrio entre agrupaciones políticas otrora irreconciliables, denomina “Democracia consociativa”.³³

Con todo, una de las iniciativas más promisoras^{34*} aparece referida a la educación superior, terreno en el cual, como hemos indicado en otra ocasión³⁵, ha alcanzado realce el movimiento por la “Universidad libre”, identificada ésta parcialmente con una universidad informal o “Universidad extramuros”, en la cual juegan un papel principal profesores y estudiantes afiliados a la “Asociación Universitaria y Cultural Andrés Bello” y la “Comisión Nacional Pro Derechos Juveniles” (CODEJU) y participan, facilitadas por la coordinación espontánea que se ha ido generando en actividades docentes y de investigación, todas las comunidades críticas que con agilidad táctica procuran abrir un camino de convivencia democrática en Chile.

Tal proceso de coordinación y de cooperación que se insinúa está sujeto a los vaivenes de múltiples desafíos y potenciales regresiones. No puede ser más débil e inestable. Es el resultado, sin embargo, de la misma acción crítica con que la intelectualidad enfrenta e impugna el modo de ser y de actuar que se ha impuesto en la vida del país. De tal acción contestataria surgen inevitablemente, a la larga, las imágenes de realidades repudiables, “injustas”, “alienantes” que habría que superar. Por contraposición, va acuñándose “lo que debería ser”, la utopía, “lo verdadero y justo”.³⁶

Hay un condicionamiento estructural que lleva al habitante de la “tierra disidente” a no olvidar esos contrastes. Hay una exigencia ética que golpetea su conciencia y lo conmina a rechazar el maquiavelismo en la acción, induciéndolo a realizar, en cambio, los ideales que proclama, allí en su isla, en el “archipiélago de la contracultura”.

Pero también están abiertos sus oídos a los cantos de sirenas, a la tentación de acomodarse, de renunciar a tan larga lucha. Surge subrepticia la duda hamletiana.

Con todo, ¿cabe esperar que las tinieblas de la incertidumbre se disipen en un amanecer no muy lejano y que la inteligencia juegue su papel de levadura fermenticia en la transformación redentora y luminosa de la hoy encadenada sociedad chilena?

Sí. Ya los signos de los tiempos parecen sugerir la generosa respuesta de la intelectualidad más crítica al grito de lucha por un mundo fraternal. Al llamado de la Utopía.

³³ Alberto van Klaveren, *Modelos de Convergencia Política y su Vigencia en Chile: La Democracia Consociativa*, ICHEH, Santiago, 1982.

Ilustrativo de las proposiciones de convergencia es el documento de Alejandro Foxley, *Algunas Condiciones para una Democracia Estable: el Caso de Chile*, CIDEPLAN, Santiago, 1982.

³⁴ *N. del Edit. Léase “promisorias”.

³⁵ Véase la *Gaceta de la Asociación Universitaria y Cultural Andrés Bello*, marzo 1983, con documentos alusivos a la acción disidente en el terreno de la educación superior.

³⁶ Más detalles sobre el tópico de la utopía pueden encontrarse en nuestra contribución “El Espacio Socio-cultural: de la Ideología a la Utopía”, en *El Espacio en las ciencias* (varios autores), Santiago, 1982.